

Fundamentalismos y conflictos políticos

Luis Mendiola

Una reflexión acerca de fundamentalismo, Islam, conflictos políticos, ideológicos y religiosos, persecuciones, atrocidades, terrorismo, posibles guerras, cuestiones irresueltas, y otros temas conexos

Lo que van a escuchar intenta ser un “*brain storming*”, es decir, una reflexión sin un determinado orden ni programa, que intente servir -si resulta atendible- para pensar acerca de los temas que se mencionan en el título.

La idea, expresada en inglés, implica literalmente una especie de “tormenta cerebral”, es decir, el provocar inquietud, curiosidad, incertidumbre, y varias sensaciones más, tendientes a la incertidumbre, pero con intención de llegar a mover el cerebro y el espíritu. No es -no puede, ni debe serlo- como ya dije, ordenada o sistemática. Tampoco es completa. Solo pretende servir como base de inicio de un debate que los oyentes luego desarrollarán.

Desde la última vez que nos reunimos aquí para referirnos a estos asuntos que nos interesan y preocupan han continuado sucediendo hechos graves, brutales, atroces, peligrosos y sumamente preocupantes. La lista es, por desgracia, larga y terrible. Todos recordamos haber vivido la sorpresa, los sobresaltos y el dolor que muchos de esos hechos nos dejaron. Los éxitos bélicos y terroristas del mal denominado “Estado Islámico”; las atrocidades, masacres, persecuciones y otras desgracias padecidas por los cristianos en toda la región medio oriental; la continuada atroz guerra civil en Siria; los secuestros de mujeres y niños por parte de “Boko Haram” en varios lugares de África; el tenebroso episodio de “*Charlie Hebdo*”, en París; hace solo pocos días, la masacre de turistas extranjeros en un museo de Túnez; al inicio de ésta semana, la serie de atentados simultáneos en Yemen, que dejaron casi 200 muertos en pocas horas, más varios centenares de heridos, por nombrar solo algunos de los que alcanzaron mayor notoriedad reciente. Por cierto, se nos escapan muchos más, dado que las noticias que nos llegan son harto incompletas, y aún buscándolas por Internet en otros medios, regionales y globales, no se alcanza a cubrir ni siquiera la mayoría de ellos.

No menos importante, por cierto, son los irresueltos conflictos planteados en la región medio oriental: La cuestión nuclear iraní, con las negociaciones mantenidas entre la potencia persa y Estados Unidos, como parte del grupo denominado “cinco más uno”, es decir, los cinco miembros del Consejo de Seguridad de la ONU (EEUU, Rusia, China, Reino Unido y Francia), más Alemania; la permanente cuestión palestino-israelí, que luego de la reelección de Benjamín Netanyahu adquiere una vez más relevancia de primer nivel; los evidentes proceso de disolución (desmembramiento, anarquía, anomia profunda - cualquiera de estos nombres es aplicable y todos juntos también) de países como Libia, o como acabo de escribir, también Yemen; más la creciente inestabilidad en todo el frente africano sobre el Mediterráneo y el foco de expansión terrorista con miras directas a Europa que ello implica. Y hay más: la reiterada aventura política kurda, es decir, el ejercicio de una especie de autonomía, hasta de “independencia”, provocada por la disolución o incompetencia bélica iraquí.

En fin. Hay muchos temas, tanto medio orientales como de otras regiones (Ucrania y Rusia; Corea del norte; China versus Japón; India versus Pakistán; etc.). La lista es larga, e incompleta.

No podríamos analizar aquí todos y cada uno de estos temas, que tocan de algún modo la cuestión central que nos viene preocupando. Pero no podemos dejar de tenerlos presente, porque cada uno de ellos tiene que ver con nuestro tema de fondo y con las otras cuestiones. Están interrelacionados, casi inevitablemente.

Entonces: - ¿Qué pensar? - ¿Qué hacer? - ¿Cómo seguir?

Para iniciar con una provocación, quisiera tratar de romper una especie de hechizo (si me disculpan la metáfora).

Quiero decir: **no** estamos tratando cuestiones específicamente religiosas. Dicho de otro modo, yo creo que **no** se trata de **fundamentalismos** religiosos. No están en juego -creo yo- los fundamentos de ninguna religión. Ni el cristianismo, ni el judaísmo, ni el islamismo, ni tampoco otras que no hemos nombrado hasta ahora (el hinduismo, por ejemplo) están implicados, en cuanto religiones, en estos hechos. Quiero decir que tenemos ante nosotros disputas de poder, disputas hasta maximalistas si se quiere, pero de carácter ideológico; disputas políticas, estratégicas, militares; también culturales, sociales y (últimas, no primeras) hasta económicas.

La religión es apenas una excusa, una pretensión de justificar acciones de máxima brutalidad y crueldad; una trampa tendida a la incredulidad, la sospecha, la indiferencia hacia lo trascendental, de la que están imbuidas las sociedades occidentales, en particular, temerosas de ser implicadas y dañadas por el terrorismo, la inestabilidad política, la incertidumbre, y finalmente por el odio inserto brutalmente en la mismísima vida cotidiana.

No es reciente, de estos últimos tiempos, que trato de instalar en mi espíritu esta idea. Hace tiempo que me vengo acercando a ella. Quiero aclarar también -por las dudas- que este no es un intento de defender a alguna confesión religiosa en particular (el islamismo, por ejemplo) o a todas las religiones, sino más bien un intento por distinguir entre realidades que son, valga la redundancia, diferentes.

Me ha siempre ayudado, más en los últimos años, la relectura, el repaso, la insistencia por profundizar la historia. Créanme: si hacemos el muy útil ejercicio de ver los hechos en perspectiva histórica, con un grado razonable (quiero decir, evitando excesos) de comparación, no se tarda en comprender que a pesar de la atrocidades que cometen los terroristas del Estado Islámico, y no mucho antes, los de Al Qaeda (y antes, otros: Hezbollah, Al Fattah, etc.), que nos espantan y asquean a través de los medios de difusión global, esos graves hechos quedan empequeñecidos, si se los compara con lo padecido en otras latitudes y tiempos históricos recientes, del apenas concluido siglo veinte. No me refiero a la remota antigüedad.

Genocidios monstruosos, inmensos, casi increíbles; limpiezas étnicas, ideológicas, políticas; emigraciones en masa, muy superiores en cifras a las que vemos hoy; masacres provocadas por la acción político-ideológica. En fin: todo tipo de monstruosidades apocalípticas, fueron practicadas por regímenes de diverso y contrario signo ideológico, aunque casi siempre de naturaleza **totalitaria** – palabra ésta que, incomprensiblemente, se usa menos, casi nada, en el vocabulario político actual.

¿Significa esto que dado que en la comparación con el pasado, los crueles actos bélicos y terroristas que tenemos ante nuestra vista no son todavía tan graves y masivos como aquellos del pasado, no se justificaría tanta alarma?

Claro que no. La alarma es necesaria, positiva, útil y hasta imprescindible. Pero no es suficiente, si no se intenta profundizar y aclarar mejor de que se trata.

Conviene, creo, agregar otra idea, o principio, bastante provocador, como verán: ¿Alguien puede, en realidad, “arrojar la primera piedra”?

La gran diferencia, quizá la mayor, entre aquellas atrocidades del pasado reciente (y un siglo de tiempo, todavía es “reciente”) y éstas últimas que vivimos reside en que ahora los medios globales nos colocan instantáneamente ante nuestra vista las crueles, provocativas ejecuciones practicadas de rehenes, practicadas hasta por niños. En cambio aquellas del pasado fueron ejecutadas mintiendo, ocultando ante propios y ajenos, borrando rastros, guardando durante decenas de años las posibles pruebas, y aún hasta hoy, negando todo. En otras palabras, se trata del uso que se ha hecho de la historia y de la ideología para justificarse, más que de los hechos en sí mismos.

Creo que el terrorismo practicado actualmente tanto por el (insisto: mal denominado) “Estado Islámico” como sus congéneres pasados o quizá también futuros, son de naturaleza casi exclusivamente ideológica, equiparables en cuanto a su intencionalidad y objetivos a los de los regímenes totalitarios del siglo veinte. Buscan transformar, redefinir el pasado -precisamente, el del propio siglo XX- en términos que incluso se asemejan también a otra de las grandes perversiones del siglo pasado y de los precedentes: el nacionalismo. Pretenden agrupar estados subdivididos de acuerdo a intereses extra regionales -los de las grandes potencias europeas del pasado- en nuevas unidades más grandes, con mayor poder, con mayor peso e influencia que las pequeñas unidades que reemplazarían. Cambiar, en fin, las decisiones impuestas en los tratados ulteriores a la Primera Guerra Mundial. Recuperar lo que ellos creen fue un pasado “glorioso”, sin tener demasiado en cuenta que la potencia regional decisiva era otomana, o sea, **no** árabe. Islámica, por cierto, pero bien diferente a la de los árabes. En realidad, dominados, no autónomos.

Permítanme esta afirmación: realmente, **no** creo que lo consigan.

La sorpresa inicial, de los años 2013 y 2014, ya está superada. Los éxitos bélicos que tanta alarma provocaron, parecen estar ya neutralizados. No del todo, es cierto. Pero la dinámica ascendente, la espiral creciente ya no prevalece. Pueden si seguir provocando daño, temor, inestabilidad, amenazas al continente europeo, sobre todo en la región mediterránea. Pero sus chances políticas reales de constituirse en un estado unificado ya no existen.

En Egipto se recuperó el poder central, en manos de las fuerzas armadas, como siempre se pronosticó. En Siria misma, el régimen parece también estar recuperando terreno, tanto militar como político; interno, como internacional. El régimen iraní **no** sustenta ni apoya tanto la idea como las acciones del “estado islámico”. Turquía, aunque no ha condenado -como se le ha requerido- las acciones bélicas, debe atender inevitablemente el frente interno: la cuestión kurda y los centenares de miles de refugiados en su territorio se lo exigen. Los países del Golfo -Arabia Saudita y todos los otros, incluyendo a Qatar y excluido Yemen- están coaligados **contra** el estado islámico. Les falta definir cómo actuar militarmente, si es que se llega a ello. En Túnez, a pesar del reciente atentado, parece mantenerse la voluntad del **único** cambio político relevante, en la buena dirección, luego de la mal denominada “primavera”.

Una reflexión adicional, en la línea de la así llamada escuela “realista” de las relaciones internacionales, aquella que atiende casi exclusivamente a los hechos llamados “duros”. A saber:

Para constituirse en una potencia capaz de amenazar o meramente influir el orden establecido un determinado estado debe ser capaz de producir sus propios medios bélicos (sus **armas**)

autónomamente, es decir, **por sí mismo**. Por más medios financieros que posea (y los de los árabes son ingentes, créanme); por mas influencia ideológica y política que se ejerza; por más medios, decisión y hasta determinación que se practique, si no es capaz de **fabricar** sus propias armas -es decir, si depende de adquirirlas de otra potencia que se las facilite- **no** puede lograr sus objetivos.

Toda la historia política y bélica, hasta ahora, ha sido concluyente al respecto. Y hay verdaderamente **muy pocos** estados capaces de semejante autonomía. Además: **siempre** hubo pocos.

¿Podríamos con este afirmación tranquilizarnos, no preocuparnos tanto por “estado islámico”, “Al Qaeda” y demás congéneres terroristas y amenazantes bélico-ideológicos? De ningún modo. No podemos, ni debemos. Aunque no alcance sus proclamados objetivos de llegar a ser un califato, con gravísimas amenazas a la seguridad en Europa y en otras regiones, incluida la medio-oriental, igual ya es una muy peligrosa presencia donde sea que actúe y se difunda. Algunas acciones de oposición ya están en marcha. Bélicas, con la acción militar en el propio territorio donde se han hecho más fuertes, le geografía de Irak y de Siria. Hasta ahora, a pesar de haber obtenido algunos resultados, estos son insuficientes. Se están preparando varias acciones más, sea directas, sea con acuerdo previo por parte de las Naciones Unidas y de otros eventuales aliados. Yo creo que son necesarias y que deben actuarse. Más aún, significan lo que debe recordarse como legítimo y válido: el derecho a la defensa. Cómo se desarrollará, cuales países más intervendrán, además de los ya comprometidos, falta definirlo explícitamente, pero la voluntad política de actuar ya existe, uniendo incluso países que en otros asuntos -como por ejemplo, el nuclear- están enfrentados, tales como Arabia Saudita e Irán. Esta acción debería contar con un amplio apoyo internacional, incluyendo el **nuestro**.

Además, Europa debe actuar dentro de sus propias fronteras. Lo siento, pero no creo que alcance con la solidaridad receptiva propuesta por el Papa Francisco en Lampedusa, si bien él mismo amplió luego su propuesta. A ésta deben agregarse varias otras acciones. Italia sola no alcanza, como tampoco podrían, individualmente consideradas, otras naciones mediterráneas (España, Francia, Grecia). Es necesaria una acción conjunta y además, una capacidad receptiva de al menos algunos centenares de refugiados cristianos que han huido de sus lugares de origen, por parte de naciones extra regionales, fuera de Europa. Entre ellas, creo, **Argentina**. Es falso y muy negativo negarles el ingreso bajo la pretensión de que pueden representar un peligro. Además, es un acto de cobardía moral.

Creo que Europa está despertando de una especie de sueño de “Bella Durmiente” en el que estuvo sumida durante decenios. Debió haber despertado antes, si bien nunca es tarde para reaccionar, siempre que se cambie de tendencia. Quiero decir que cada nación, dentro de sus fronteras, debe poner coto, limitar, definir concretamente, qué es tolerable y qué no lo es. La práctica honesta, leal, positiva, de la propia confesión, por cierto que es no sólo “tolerable”, sino plenamente legítima y positiva. Pero la prédica encubierta o explícita del odio, no lo es. Así como ya se ha actuado contra profetas del odio y la intolerancia religiosa en algunos países de Medio Oriente, y también en algunos europeos, debe existir un acuerdo multilateral para actuar contra los predicadores del odio y los propugnadores y organizadores del terrorismo. Ya se ha comenzado, gracias a Dios, pero se debe profundizar, ampliar, consolidar en tales acciones. Y me permito insistir: **no son ataques a la libertad religiosa**. No se debe admitir ninguna culpa en ello, porque es legítimo **defenderse**. Y se trata de un real ataque.

Volvamos a la perspectiva histórica. A las amenazas desde el norte de África y desde Medio Oriente se suman las que provienen del oriente de la misma Europa, es decir, desde regiones lindantes con el Asia: Ucrania, el Caspio. Y no son todas. El resurgir de una amenaza por parte de

Rusia no es otra cosa que la repetición de episodios que se han reiterado varias veces en la historia, en el último medio milenio. Es recurrente, y debe comprenderse así.

Por último (esto ya es algo extenso) realmente me cuesta aceptar que Argentina pueda jugar un rol como el que se nos viene proponiendo durante los últimos pocos años. Ya sé: Es otro tema, para tratar quizá en otro contexto, en el futuro próximo y bajo otros supuestos. Pero no me cabe duda que muy relacionado con el actual.